

LA UNIDAD ESPIRITUAL DE EUROPA

P O R E S T E B A N P U J A L S

EL término Cristiandad, en una extensa época de nuestra historia, fué sinónimo de Europa.

«Hubo tiempos en que Europa era un país cristiano, en que una Cristiandad poblaba este continente... [y] un gran interés común unía las más remotas provincias de este dilatado imperio espiritual.» Así empieza Novalis el famoso ensayo *Die Christenheit oder Europa* (escrito ya en 1799), y a pesar de las impugnaciones que el positivismo pueda hacer a su idealista perspectiva, no hay duda de que el intenso poeta alemán intuyó, con una claridad que iba más lejos que la que le pudiera proporcionar la más minuciosa investigación, la fuerza y la nobleza del elemento orientador y dinámico de la Europa medieval. Si los románticos se acercaron generalmente al Medioevo con propósitos arqueológicos de carácter histórico y literario o impulsados por una simple curiosidad en busca de un mundo variado que ofreciera individualidad y colorido local, Novalis se encaraba con el alma de la Edad Media y descubría la esencia de su manera de ser. Todos sintieron la atracción de aquellos tiempos aunque nadie como Novalis supo captar el espíritu y explicar la causa del verdadero encanto de la vida medieval. Sin embargo, desde la plataforma que la humanidad ha

creído alcanzar a partir del Renacimiento, se ha venido despreciando al Medioevo, precisamente porque se movía inspirado por elementos incomprensibles en un período posterior. A poco que se medite, no obstante, se verá que no podía estar falta de luz la época que fundaba la Universidad, sembraba Europa entera de magníficas catedrales, producía un Tomás de Aquino y un Francisco de Asís, y escribía la *Divina Comedia*.

Modernamente, el filósofo de la cultura ha logrado vencer el recelo de enfrentarse con lo que desconocía o racionalmente le resultaba de difícil comprensión, y en nuestros días no se desdeña ya el estudiar el valor de la intervención de una potencia sobrenatural en el curso de la historia. El reciente estudio de Christopher Dawson, *religion and the Rise of Western Culture* (1), viene a demostrar el esfuerzo realizado por el Cristianismo para conseguir integrar la variada Europa de la época en aquel orden internacional y aquella sólida unidad de espíritu que la fuerza imaginativa de Novalis y su nostalgia de una gran fe nos presentan como una poética síntesis de una existencia ideal.

* * *

A medida que se profundiza con el interés de descubrir los orígenes de la cultura occidental, se levanta con más fuerza la importancia del Cristianismo, y parece indiscutible que sus gérmenes más vitales se encuentran en la nueva comunidad espiritual que emergió de las ruinas del Imperio romano. Cuando San Pablo salió de Troya, en el año 49, para dirigirse a Pilipos de Macedonia —escribe Dawson— cambió el curso de la historia de una manera más decisiva que la batalla que tuvo lugar en el mismo sitio unos cien años antes, a pesar de que el hecho quedara inadvertido para los representantes de la civilización de su tiempo. Sin embargo, como decía el populacho de Salónica, aquellos hombres que proclamaban a Jesús en vez de a César, habían vuelto el mundo al revés.

(1) C. DAWSON: *Religion and the Rise of Western Culture*. Sheed and Ward, Londres, 1950.



Según la obra de Dawson, en la tarea formativa de la tradición de Occidente, el nuevo fermento intervino a través de distintos organismos, siendo los principales la Iglesia cristiana, las órdenes monásticas, la monarquía cristiana, el espíritu caballeresco y de cruzada, el apogeo de la ciudad medieval con sus gremios y cofradías, y los centros culturales representados por las escuelas catedralicias y las universidades. Todas estas instituciones, en lucha tenaz contra las fuerzas desintegradoras y arbitrarias de la época, lograron por medio de la fe y las virtudes cristianas conducir a Europa hacia un ideal de armonización, el cual parece que el siglo XIII no estuvo lejos de alcanzar.

La Iglesia cristiana, heredera de las tradiciones del imperio, se acercó a los pueblos del Norte como portadora de una superior civilización y dotada con el prestigio de la autoridad, la ley y el nombre romanos. En el vacío que dejó la ruptura de la organización política del imperio, la Iglesia fué maestra y legisladora de los nuevos pueblos. En realidad, San Ambrosio, San Agustín y los pontífices León el Grande y Gregorio el Grande fueron los padres de la cultura occidental, puesto que es a través de ellos que todos los países del Oeste se incorporaron a la Cristiandad y adquirieron una cultura homogénea. La Europa primitiva, alejada de las tierras mediterráneas, no poseía centro común ni una tradición unificada de cultura espiritual. Los pueblos del Norte carecían de literatura escrita, de ciudades, de arquitectura, y no fué sino por medio del Cristianismo y de los elementos culturales transmitidos por la Iglesia que la Europa medieval cobró estructura.

Imponderable fué por su parte la labor realizada por los monjes del Medioevo, ya que el monasterio fué la institución cultural más característica de todo el período que es extiende desde la decadencia de la civilización clásica hasta la fundación de las universidades en el siglo XII. La abadía benedictina constituía un organismo económico independiente como la villa romana, con la diferencia de que en ella no existían señores y esclavos. El monasterio medieval fué asimismo un centro de cultura en el que se enseñaba

latín y todas las artes y ciencias relacionadas con la liturgia, las cuales correspondían a las necesidades espirituales de la época.

Con la conversión de los pueblos germánicos al Cristianismo, la monarquía adquiría una nueva responsabilidad, la de guardadora de la justicia y protectora de los derechos de su pueblo; pues si el pueblo estaba obligado a obedecer al monarca, éste no lo estaba menos a mantener su juramento de servidor de Dios. Si, por un lado no se discutía el derecho divino de los reyes, ella no implicaba de ninguna forma, por parte del pueblo, una obediencia pasiva; de suerte que existe una estrecha relación histórica entre la idea moderna de monarquía constitucional y la tradición monárquica de la Edad Media.

Con la instauración del estado feudal aparece el caballero, cuyas virtudes morales le presentan como el modelo varonil de esta segunda época medieval. Al reforzar con elevadas intenciones religiosas el espíritu germánico de lealtad personal al jefe guerrero, el caballero se consagra, de modo que en virtud de su juramento pasa por extensión a ser un defensor de la Iglesia y de los ideales cristianos, y al integrarse en la estructura cultural cristiana queda constituido, al lado del sacerdote y del campesino, en uno de los tres órganos indispensables de la sociedad.

En estas circunstancias, la Iglesia hace un supremo esfuerzo para suprimir las guerras particulares y la anarquía feudal por medio de las treguas, logrando un objetivo de superior alcance para la unidad europea al proporcionar con las cruzadas ocasión de orientar las energías bélicas dirigiéndolas contra los enemigos externos de la Cristiandad. El caballero se enaltece al convertirse en cruzado, sublimándose por medio del idealismo religioso.

Si en el período carolingio y postcarolingio, el Occidente europeo constituía una sociedad agraria en la que la vida ciudadana apenas tenía importancia, a partir del siglo XII la Europa medieval se transforma en un mundo de ciudades dotadas de un espíritu cívico tan intenso como en la época clásica. Formada por los varios elementos de la desintegración de la sociedad feudal, escribe Troeltsch, la principal razón de la existencia de la ciudad fué la

paz y el apoyo mutuo: «la libertad y los intereses comunes de todos los ciudadanos, junto con la libertad de profesión y el derecho de propiedad basado en el esfuerzo y la iniciativa personales.» Sin embargo, la moral y la religión cristianas penetraban completamente estos propósitos de tipo secular, y «la ciudad medieval era un ejemplo de la sociedad cristiana descrita por Santo Tomás». Como manifiesta Troeltsch, «con sus catedrales y su intensa vida eclesiástica, sus gremios y cofradías religiosas, su preocupación por el bienestar espiritual y material de sus habitantes y sus instituciones educadoras y caritativas», la ciudad de la época «marca el punto más alto de desarrollo del espíritu medieval» (1).

Como el monasterio, pues, las ciudades del Medioevo constituían un oasis de seguridad y paz en un mundo trastornado por la guerra. Era un lugar de refugio en el que bajo la protección de la Iglesia, las gentes pacíficas se agrupaban y organizaban para desarrollar libremente su vida espiritual y material, y fortalecerse contra la arbitrariedad y la violación.

Y fué en este ambiente cargado de elementos espirituales —manifiesta Dawson— que tuvo lugar la recuperación económica, la expansión comercial, el incremento de las oportunidades de libertad personal y el gran florecimiento religioso de la cultura cristiana del Medioevo, cuya expresión artística más sublime se manifestó en la arquitectura y escultura gótica, que, originándose en el norte de Francia en el siglo XII, se expansionaron por toda la Cristianidad en ciento cincuenta años. La nueva ciudad produjo hombres nuevos y un nuevo arte, y aunque ambos estaban condicionados a los factores económicos y dependían materialmente del desarrollo de la actividad comercial e industrial, estaban inspirados por las nuevas fuerzas espirituales que lo precedían: las rutas de peregrinación son más antiguas que las comerciales, y los grandes centros de peregrinación son anteriores a las famosas ferias y centros mercantiles.

Finalmente, y sobre todo, existía la cofradía que, bajo la ad-

(1) TROELTSCH: *Soziallehren der christlichen Kirchen und Gruppen*, páginas 250-51. Citado por C. DAWSON en *Religion and the Rise of Western Culture*. Sheed and Ward, Londres, 1950, pág. 194.



vocación de un santo y con propósitos de mutua ayuda espiritual y material, proporcionó la semilla del gran florecimiento de la vida comunal, gremial y mercantil.

El gremio es la institución más característica de la sociedad urbana medieval, y su interna solidaridad lo hacía más indispensable para sus miembros que la misma ciudadanía, pues era a través de aquél que ordinariamente se ejercía ésta. El gremio constituía, pues, un microcosmos que combinaba las actividades seculares y religiosas en el mismo complejo social. El altar del gremio, la provisión de rogativas y misas para los miembros fallecidos, la representación de dramas religiosos en las grandes festividades eran funciones gremiales tan importantes como la regulación de los sueldos, la asistencia a los enfermos o necesitados o el derecho de participación en el gobierno de la ciudad.

Como fuera, pues, que la ciudad medieval encontraba su expresión característica en al vida de la Iglesia y en la extensión de la liturgia en la vida ordinaria por medio del arte y el esplendor de las fiestas religiosas, la pobreza material del individuo quedaba compensada por un desarrollo de la actividad comunal y una expresión artística y simbólica más amplia de lo que hayan conocido las opulentas sociedades de la Europa moderna.

En resumen, la ciudad medieval, integrando en su seno las corporaciones gremiales, ejerciendo sus funciones económicas y gozando de sus libertades cívicas, representa la realización más completa de los ideales del Medioevo tal como se desprende de los escritos de Santo Tomás y sus contemporáneos.

El renacimiento de la ciudad viene acompañado de alteraciones de extraordinaria importancia en la vida intelectual de la sociedad de Occidente y en las tradiciones de la educación medieval, produciendo los cambios correspondientes en las relaciones entre la religión y la cultura. Me refiero a la transferencia del prestigio intelectual de las abadías benedictinas, centros de la vida cultural de la primera parte del Medioevo, a las escuelas catedralicias y a las universidades.

Hacia el siglo XI (aparte la situación excepcional de Bec y

Monte Cassino) la delantera del saber y de la educación pasaba a manos de las escuelas catedralicias del norte de Francia y Lorena: Reims, Chartres, Laon, Turnai y Lieja, sobre todo la última, en la que las escuelas monásticas de la diócesis produjeron una especie de naciente universidad a la que acudían sabios de toda Europa.

Durante el siglo XII, se formaron las dos primeras universidades de Europa, París y Bolonia, grandes centros internacionales de teología y filosofía, la primera, y leyes, la segunda. Inmediatamente fueron apareciendo en Europa otras muchas universidades, en cuyas aulas se habían de formar las clases intelectuales que tenían que dominar desde entonces la cultura occidental. En el pasado, la unidad espiritual de la Cristiandad se había realizado por medio de la fe y la moral común de la tradición monástica de Occidente. Pero con la aparición de las universidades, Europa adquiriría una nueva disciplina intelectual y científica que le abriría inmensos horizontes. No se puede dejar de reconocer que el desarrollo de la ciencia moderna no se habría podido producir si la mentalidad occidental no se hubiera preparado con varios siglos de disciplina intelectual para aceptar la racionalización del universo y el poder de la inteligencia humana para investigar el orden de la naturaleza.

A la tradición europea representada por las universidades de París y Bolonia hay que añadir la tradición oriental proporcionada por España. La escuela de traductores de Toledo, que en los siglos XII y XIII fué tan importante como los centros citados del Medievo, incorporó a la cultura europea la obra total de Aristóteles (que estaba traducida al árabe) así como las obras principales de los filósofos y científicos musulmanes y judíos.

Con el nacimiento de las universidades y la incorporación de nuevas corrientes de saber se presentaba un gran problema: la elaboración de una síntesis filosófica que uniera la verdad científica contenida en las enseñanzas de los filósofos con la verdad representada por la tradición de la Iglesia y la doctrina de los teólogos. La solución se debió a la Orden dominicana y, sobre todo, al enor-

me esfuerzo de Santo Tomás, con cuya obra se llevó a cabo aquel ideal de organización universal de la vida humana y el conocimiento por medio de un principio espiritual, que no estaba tan sólo confinado al gobierno internacional de la Iglesia, sino que constituía el espíritu dominante de la cultura del siglo XIII.

* * *

Sin el Cristianismo, es indudable que la cultura europea no existiría o sería completamente diferente de lo que es en realidad. Incluso en el Humanismo hay que reconocer la existencia de un elemento definitivamente cristiano, pues fué en virtud de los recursos acumulados en un pasado cristiano que los grandes hombres del Renacimiento se encontraron con la energía necesaria para conquistar el mundo material y crear un nuevo tipo de cultura.

La actividad intelectual del hombre de Occidente —concluye Dawson—, manifestada en la invención científica y técnica así como en los descubrimientos geográficos, no fué herencia natural de un especial tipo biológico, sino el resultado de un largo proceso formativo que cambió gradualmente la orientación del pensamiento humano y ensanchó las posibilidades de acción social. Y en este proceso el factor vital no fué el poder agresivo de los conquistadores ni la ambición de los capitalistas, sino la ampliación del campo de la inteligencia humana y el desarrollo del ingenio industrial y creador.

Las otras grandes culturas mundiales realizaron sus síntesis entre la religión y la vida y mantuvieron su orden sagrado inalterado durante siglos; pero la civilización occidental ha constituido el gran fermento de los cambios mundiales, porque la transformación del mundo constituye una parte integrante de su ideal de cultura. El Cristianismo en Europa ha realizado y realiza una función vital doble, actuando de principio conservador a la vez que revolucionario y conductor de una nueva vida espiritual.